

opinión vulgar corriente notaba de avaros y usurpadores; de los cuales, sin embargo, se sabe con certeza, que no mancharon sus manos, ni aún en levisima cantidad. *Mentiroso* y *maligno* son los dos epítetos que dió al vulgo el excelente juicio de Horacio: *Mendax dedit, et malignum spernere vulgus*. ¿Quién ha de creer á un acusador que tiene tales cualidades?

Lo segundo, digo, que en caso que la nota de su avaricia fuese verdadera, éste es un vicio que se debe condonar benignamente á su edad. Era Guillelmo sexagenario cuando vino á España, y raro es el viejo que no claudica por este lado (*). En fin, si sólo en sus últimos años, y sólo en este vicio, tropezó Guillelmo de Croi, no por esto dejemos de estimar sus muchas virtudes, y achemos como proferida de su boca aquella justificación, envuelta en confesion, de la reina de Cartago:

Huic uni forsam potui succumbere culpa.

§ XI.

EL GRAN TAMERLAN.

Aunque este monarca floreció ántes que los dos señores de quienes tratamos en los parágrafos antecedentes, faltando al orden cronológico, que aquí no es de importancia, le reservamos para fenecer con él este discurso; porque como asunto más alto, más curioso y de más amplitud que los dos inmediatos, pide discurrirse en él con más extension, para la cual se halla embarazado un escritor, cuando dentro de la misma materia tiene más que hacer; sucediéndole lo que al caminante, que acelera más el paso cuanto se halla más distante del término.

El nombre propio del Tamerlan no es éste, sino *Timur-bec*. Así le llamaban los suyos, y así le nombran los escritores persianos. Verdad es, que algunos de los mismos orientales le llaman *Timur-lenk*, y así le nombra monsieur Herbelot; pero otros creen que este último nombre se le dieron por oprobrio los turcos, mudando el seminombre *bec*, que significa *príncipe*, en la voz *lenk*, que significa *cojo*, ó porque en efecto lo era, ó porque los turcos lo fingieron; por lo ménos fingieron la causa de la cojera, como dirémos más abajo. Habiendo pasado el nombre de *Timur-lenk* á Europa, se desfiguró en el de *Tamerlan* ó *Tamortlan*, y de éste han usado todos los escritores europeos hasta de pocos años á esta parte, que por los orientales se supo el nombre verdadero. Pero, como importa poco nombrarle de un modo ú de otro, usamos del nombre que por acá está recibido.

Fué sin duda Tamerlan uno de los más famosos conquistadores que tuvo el mundo, aunque entren los Alejandro y los Césares. Puede ser que las circunstancias hiciesen más recomendables las victorias de Alejandro y

(*) Con esto deshace el PADRE FEJOO todo lo que ántes habia dicho; pues los españoles no acusaron á Xebrés de hombre vulgar, ni de otras cosas en que lo defiende aquél, sino de avaro:

Oh, señor doblon de á tres,
No topó con vos Xebrés.

La nota de avaro y rapaz la dan á Xebrés tambien los escritores aragoneses, ménos sospechosos en este punto que los castellanos. (V. F.)

César; pero es cierto, que ni uno ni otro lograron tantas como Tamerlan. No sólo ningun escritor le niega una enorme multitud de triunfos y conquistas, mas tambien le confiesan todos las prendas necesarias para lograrlas; de modo que el ganar tantos países, y conservarlos despues de adquiridos, no se debe contemplar un gratuito agasajo de la fortuna, sino tributo debido á su valor y su conducta militar y política. Pero las virtudes de conquistador se muestran tan manchadas con las ferezas de bárbaro, que, como olvidada en la pintura la imagen de hombre, sólo se encuentran en ella figurados dos extremos, uno de héroe, otro de bruto. Y porque se proporcionasen, ya el origen al proceder, ya las acciones de particular á la de príncipe, le suponen hijo de un pobre pastor, que, dejando luégo la ocupacion de su padre, se metió á caudillo de ladrones, engrosando la infame tropa hasta hacerla ejército, se puso en estado de robar coronas y cetros.

Como todas estas noticias precisamente vinieron á Europa de Turquía, país donde se apestan las que tocan á la Persia, no se duda de que todo, ó casi todo, lo que se halla de falso y denigrativo en la vida de Tamerlan, fué invencion de los turcos, los cuales, sobre el odio que en general tienen á los persas, miran con particular ojeriza á aquel príncipe, por haber sido el que más ajó el orgullo otomano. Para refutar sus imposturas, tengo por fiadores los autores persianos, que cita monsieur de Herbelot en su *Biblioteca oriental*, y el *Extracto* inserto en las *Memorias de Trevoux* de la *Historia del Tamerlan*, traducida de persiano en frances, éstos años pasados, por monsieur Petit Lacroix.

Es falso, lo primero, lo que se dice de su baja extraccion, y los autores orientales, que vieron Herbelot y Petit Lacroix, le suponen nobilísimo y descendiente de reyes. Cheref Eddin Ali, que es el autor persiano traducido por este último, contemporáneo del mismo Tamerlan, dice, que su padre era soberano de una parte de la Transojana, reino comprendido en la Scitia ó Tartaria asiática, y que, sucediéndole Tamerlan en aquella soberanía, se casó con una hermana de Hussein, rey de la Transojana. Así es manifestamente falso lo que dicen los turcos, y se vertió en toda la Europa, de la bajeza de Tamerlan. Por consiguiente, lo es tambien lo que refieren de la causa de su cojera; esto es, que, habiendo en aquel tiempo, en que se ocupaba en hurtos menores, entrado en un establo á robar ganado, sorprendido del dueño de él, dió, para escapar, un gran brinco, con que se quebró una pierna.

Pasando del nacimiento á las costumbres, no pretendo representar en Tamerlan un héroe consumado. Pero igualmente distan de la verdad los que le pintan una furia infernal, un bárbaro desnudo de toda humanidad, de toda fe, sin otras acciones que las que dicta un orgullo bruto, una crueldad ferina, un furor ciego. Fué Tamerlan extremadamente ambicioso. Éste fué su vicio dominante. Pero ¿qué más santos fueron que él en esta parte aquellos que, como héroes supremos, celebra el unánime consentimiento de los siglos? Digamos más: el vicio de ambicioso les granjeó el crédito de héroes. Si Alejandro no lo hubiera sido, no lograría más aplauso en el mundo que otros muchos reyes de Macedonia. César, sin

ambicion, sería igualmente un gran capitán, pero con mucho ménos sonido.

Es verdad que hubo una grande diferencia de estos dos á Tamerlan. Aquellos nunca fueron inhumanos con los vencidos; fué éste algunas veces. Pero aquí es menester quitar una equivocacion, que es casi universal en cuantos hablan de este príncipe. Fué, digo, inhumano algunas veces, mas no por genio, sino por política. Para el vasto designio que tenía de hacerse dueño de toda el Asia, ó por mejor decir, de todo el mundo, comprendió ser medio conveniente alternar los dos extremos de dulzura y fereza; aquella con los que se le rendian al presentar sus banderas, ésta con los que se le obstinaban á experimentar el rigor de sus armas. Creo que concurría tambien á esto segundo la cólera con la política. Era apasionado de la ira; vicio que, siendo distintísimo de la crueldad, se equivoca mucho con ella. Así, para saber si un sugeto es cruel, se ha de mirar cómo obra á sangre fria. En el fervoroso ímpetu de la cólera, el más compasivo, el más blando, ejecuta un golpe violento. Muchos decretos sangrientos de Tamerlan se firmaban teniendo, no la pluma, sino la espada en la mano. O en el combate mismo, ó poco despues del combate, cuando aún no habia cesado en la sangre el ímpetu del bélico furor, formaba la venganza sus proyectos. No el gabinete, sino la campaña, era oficina de estas feroces disposiciones. Consta, por otra parte, que ni con los voluntariamente rendidos, ni con sus propios vasallos, ejecutó jamas accion alguna que pudiese capitularse de cruel. No fué, pues, el Tamerlan cual comunmente se pinta; esto es, una bestia feroz, que por inhumanidad, por capricho, como los Nerones y los Calígulas, mucho ménos por bárbara complacencia, derramase sangre humana.

Su ambicion tampoco tenía el irracional desenfreno de pisar con desprecio la opinion del mundo. Quería ser usurpador, pero sin incurrir en la nota de tal. Para esto, como hicieron los más artificiosos tiranos, coloreaba el vicio con visos de virtud. Decía, que en el mundo reinaba una total corrupcion; que estaban desterradas de él la justicia y buena fe; que no se veian sino perfidias y maldades, ya de unos príncipes con otros, ya de los príncipes con los vasallos, ya recíprocamente entre los vasallos mismos. Por tanto, como si tuviese una especial mision de reformador del linaje humano, decía, que la divina Providencia le habia elegido por instrumento para castigar los malos y poner todas las cosas en el estado debido. No era tan vano ni tan necio, que en tan extraordinario asunto pretendiese ser creído sólo sobre su palabra; ántes conciliaba algun crédito á aquella fanfarronada, ya con las apariencias de devoto, ya con las realidades de justiciero. Estimaba á los hombres de letras, y gustaba de su conversacion. Mostraba siempre un profundo respeto á su falso profeta Mahoma. Trataba con especial atencion á los doctores de aquella maldita secta, y con singular reverencia á los que en ella gozaban opinion de virtud sobresaliente.

Sobre todo, era observantísimo de la justicia hácia sus vasallos. Los latrocinios eran castigados sin remision y sin disfincion de personas. A los mismos gobernadores de las provincias hacia ahorcar si eran ladrones ó come-

F.

tian cualquiera otra especie de tiranía con los súbditos, como al más facineroso y más vil salteador de caminos. Así, en todos sus dominios arribó á un grado tan alto la seguridad y sosiego público, que apenas habia quien pusiese especial cuidado en guardar lo que tenía. Tamerlan guardaba lo de todos. Tan indemnes estaban de latrocinios los estados del Tamerlan, que Cheref Eddin Ali osa decir, que por ellos podia un hombre sólo andar toda la Asia de Oriente á Poniente, llevando sobre la cabeza una fuente de plata llena de oro, sin temor alguno de ser despojado.

Es verdad, que á veces su severidad pasaba la raya, como cuando á un soldado hizo romper el pecho, por haber quitado á una pobre paisana un poco de leche y queso. Pero semejantes acciones sólo pueden calificarse de buenas ó malas, comprendidas y combinadas todas las circunstancias, pues hay sin duda varios casos en que éste, que parece nimio rigor, es dictado de la prudencia. El desbocamiento militar pide muchas veces ser detenido con freno tan violento. Cuando, ó ya en las tropas, ó ya en los pueblos, es frecuente la insolencia, es menester, para reprimirla, más terror que aquel que inspira la justicia ordinaria.

Lo principal, y lo que es dignísimo de advertirse aquí, porque no he visto hasta ahora que ninguno lo advirtiese, es, que debajo de los príncipes vigilantísimos en inquirir los delitos, é inexorables en castigarlos, suponiendo que los magistrados, como es natural, movidos de su influjo, obren en la misma conformidad, se ejecutan muchos ménos suplicios que debajo de los que son algo flojos; con que, computado todo, el que parece nimio rigor, en el fondo viene á ser piedad. Es fácil descifrar la paradoja. Luégo que en una república se observa que hay extremada vigilancia en inquirir los delitos, y que, averiguados, no hay esperanza alguna de perdon, si no cesan del todo, por lo ménos se hacen rarísimos los insultos; por consiguiente, ó cesan del todo, ó son rarísimos los suplicios. El terror concebido en las primeras ejecuciones reprime á todos los genios aviesos, y con cincuenta ó cien ahorcados en el primer año de un reinado, está hecho casi todo el gasto para miéntras viva el príncipe; al paso que, cuando son muchas las remisiones y poco el cuidado de averiguar los reos, continuándose siempre los delitos, aunque muchos se oculten y muchos se perdonen, en todo el discurso del reinado viene á salir mucho mayor el número de los ajusticiados. Destiérrense, pues, de toda república esos perniciosos melindres de la piedad; que para todos y para todo es útil el que llaman rigor.

Añado, que la proporcion de la pena con la culpa no es una en todo el mundo. En el grado que unas naciones son de más duro y resuelto corazón que otras, se debe aumentar el castigo respecto de la misma especie de crimen; porque el que basta para escarmentar á una gente tímida, es inútil para reprimir la feroz. El Tamerlan, que conocia los genios sobre quienes imperaba, sabria dar á los castigos la proporcion debida, y sería allí preciso lo que en nuestra region se calificaria justamente de exceso.

Un hecho particular muestra bastantemente que tenía discrecion en los castigos, y que no llegaba sin bas-

tante causa á las últimas extremidades. Un oficial, que solia servir muy bien en la guerra, se portó cobardemente en cierta ocasion. Del espíritu marcial de Tamerlan cualquiera discurrirá que le mandaria cortar la cabeza. Muy atras se quedó la satisfaccion. No le costó sangre alguna al culpado su delito, exceptuando la que la vergüenza sacó al rostro. Hizo que le afeitasen y vistiesen como mujer, y en este traje le expuso un rato á la irrisión del ejército. En un príncipe europeo se celebraría el gracejo y aun la clemencia.

Por otra parte, en el trato comun era dulce, agradable y entretenido. Lo que le pasó con el poeta Ahmedi Kermani hace manifesto, que en las conversaciones con sus vasallos era mucho ménos delicada ó mucho más humana su soberanía, que lo es comunmente la de los príncipes más pacíficos. El mismo poeta lo cuenta en la *Historia de Tamerlan*, que escribió en verso, y la cual cita monsieur Herbelot.

«Hallábase un día Tamerlan en el baño, acompañado de muchos señores de su córte y del mismo Ahmedi Kermani. Tamerlan, que gustaba de sus agudezas, porque era de festivo y desembarazado espíritu, le propuso que los divirtiese á él y á aquellos señores con algun discurso placentero. Díjole Ahmedi, que su majestad le determinase el asunto. Sea así, prosiguió Tamerlan; hazte, pues, cuenta, Ahmedi, que estamos en una feria, y que todos los que se hallan aquí vienen á que los compren en ella. Tú has de señalar el precio y valor justo de cada uno, á fin de que se regule por él la venta. Sobre esta propuesta fué Ahmedi discurrendo por todos los próceres, y determinando con gracejo y donaire lo que valia éste, lo que aquél, lo que el otro; viendo Tamerlan, que sólo de él no hablaba, le reconvinó con que también él estaba puesto en venta, y así que le señalase precio. «En verdad, señor, respondió sin embarazarse Ahmedi, que vuestra majestad valdrá muy bien hasta treinta aspros (son monedas del Oriente de cortísimo valor).—¿Qué dices, Ahmedi? replicó Tamerlan; muy mal has hecho la cuenta, pues los treinta aspros ya los vale por sí sola esta servilleta con que estoy ceñido. Ah, señor, ocurrió pronto el poeta, que en atención á la servilleta he señalado yo todo ese precio; que lo que es por la persona, apenas la valoraria en dos óvolos.» Bien léjos de ofenderse Tamerlan del gracejo, gustó tanto de él, que le remuneró al poeta con un buen regalo. Pregunto, si este rasgo de su vida dibuja á un feroz tirano, ó ántes bien á un príncipe afabilísimo. Estas menudencias domésticas suelen descubrir mejor la índole de los príncipes, que las grandes operaciones, ó políticas ó militares; porque en éstas casi siempre se mezcla mucho de ostentacion y estudio; en aquellas obra puramente la naturaleza.

Tampoco le faltaba modestia, que, áun cuando fuese precisamente aparente, califica, ya que no su virtud, su discrecion, é igualmente que la verdadera, desmiente lo que se dice de su bárbara jactancia. Estando una vez en conversacion con un doctor mahometano, á quien habia hecho prisionero, le dijo: «Doctor, tú me ves aquí cual yo soy. Yo no soy propriamente más que un mísero hombreillo, ó medio hombre; no obstante, he conquistado tantas provincias y ciudades en la Iraca,

en las Indias y en el Turquestan; todo esto lo debo á la gracia del Señor, y no ha sido culpa mia haber derramado tanta sangre de musulmanes. Yo te juro y protesto delante de Dios, que jamas emprendí guerra alguna de propósito deliberado contra vosotros; ántes vosotros mismos habeis provocado mis armas y causado vuestra propia ruina.»

En esta máxima de representarse provocado, y que no movia las tropas á alguna empresa por ambicion, sino por necesidad, fué siempre consiguiente. En efecto, no fué tan injusto como ordinariamente se figura. Husein, rey de la Transojana, que fué el primero á quien despojó de sus dominios, no fué invadido, sino invasor de Tamerlan, añadiendo á la injusticia la circunstancia de ingratitud, porque habia recibido de él singulares beneficios en algunas expediciones militares. Los demas príncipes, de quienes triunfó, eran por la mayor parte usurpadores, y poseian más inicua mente lo que les quitó Tamerlan, que el mismo Tamerlan, pues aquellos lo usurparon á sus legítimos dueños, y éste á unos ladrones. Contra Bayaceto también se movió provocado; pues éste, ántes de padecer la menor hostilidad de Tamerlan, ejerció algunas, ya sobre sus vasallos, ya sobre príncipes aliados suyos. A que se añade, que varios príncipes desposeidos por Bayaceto, y con ellos el emperador de Constantinopla, imploraron el favor de Tamerlan contra el enemigo comun; que sobre esto Tamerlan le hizo una embajada para reducirle á la razon, á que Bayaceto respondió, no sólo con repulsa, mas con desprecio.

Lo más considerable es, que á los príncipes, que voluntariamente se le sometieron por evitar el rigor de sus armas, dejó en la pacífica posesion de sus estados. Esta felicidad lograron el de Kurt, el de los Sarberianos, el de Mazanderan, el de Shirvan y otros muchos; mas para esto era preciso no esperar á que las tropas triunfantes de Tamerlan avistasen sus muros.

La insolencia que le atribuyen con los príncipes prisioneros carece de todo fundamento. A Husein, no sólo le concedió la vida, mas le permitió que se retirase á vivir con quietud donde quisiese. La imprudente desconfianza de este infeliz le ocasionó la muerte; pues escondiéndose poco despues, fugitivo, en una gruta, un paisano, encontrándole, le mató. Asegúrase, que Tamerlan lloró al darle esta noticia. Si fueron sinceras ó afectadas aquellas lágrimas, será un problema, como el que hay sobre las de César en la muerte de Pompeyo. Aun cuando fuese fingido aquel llanto, prueba por lo ménos, que Tamerlan procuraba salvar las apariencias de clemente y compasivo, lo cual es incompatible con lo que corre, en las noticias vulgares, de su torpísima y nada disimulada fiereza.

Réstanos el capítulo más ruidoso de la historia de Tamerlan, y donde se desvian infinito de la verdad todas las historias que se han escrito en Europa, que es la prision de Bayaceto. Este desdichado monarca, á quien la multitud y rapidez de sus conquistas dió el sobrenombre de *Gilderin*, que significa *rayo*, despues de ser el terror de Europa y Asia, despues de innumerables triunfos, ya sobre los cristianos, ya sobre príncipes asiáticos confinantes de sus estados, fué mi-

serablemente derrotado y hecho prisionero por Tamerlan, en una gran batalla, donde así en uno como en otro ejército se contaban por centenares los millares de combatientes. En este hecho no hay la menor duda. La cuestion gira sobre el resto de la tragedia. Todos nuestros escritores unánimes refieren, que Tamerlan, luégo que tuvo en su poder al monarca otomano, le hizo meter en una jaula de hierro, donde, como á un perro, le sustentaba, tirándole, puesto á los piés de su mesa, algunas sobras de su propio plato; que sólo le sacaba de la jaula para que le sirviese de poyo ó banquillo, firmando el pié sobre sus espaldas, cuando montaba ó desmontaba del caballo; que en este mísero abatimiento vivió algun poco tiempo Bayaceto, hasta que, despechado, con repetidos golpes se rompió la cabeza contra los hierros de la jaula. Algunos autores añaden una circunstancia de mucho bulto, que no he leído en otro autor alguno, y ellos tampoco le citan; esto es, que Tamerlan se hizo servir á la mesa por la mujer de Bayaceto desnuda á vista del mismo Bayaceto, y que el rabioso dolor de ver un objeto mucho más terrible para él que la misma muerte, fué quien le redujo á la extremidad de quitarse la vida.

Apénas especie alguna se halla derramada en tantos volúmenes, como la del mísero abatimiento y desgraciada muerte de Bayaceto, pues demas de las innumerables historias donde se lee, apenas hay libro de reflexiones éticas ó morales, que, llegando al lugar comun de la inconstancia de las cosas humanas y reveses grandes de la fortuna, no ponga por ejemplo capital y máximo á Bayaceto, precipitado desde el más soberbio sólio del mundo á los piés de la mesa y del caballo de Tamerlan.

Sin embargo, esta admirable catástrofe es fabulosa, y entre tantas injuriosas imposturas, con que se ha manchado la historia de Tamerlan, debe ser comprendida y borrada la de haber tratado tan indignamente á un tan gran monarca como Bayaceto. Monsieur Herbelot, gran voto en esta materia, dice, que en ninguno de los autores orientales, comprendiendo áun los que eran enemigos de Tamerlan, se lee la especie de la jaula de hierro, exceptuando una crónica otomana muy moderna, traducida por Leunclavio, donde se hace mencion de ella. Este testigo es de ningun peso, ya por ser único, ya por ser de partido opuesto á Tamerlan, ya por su ninguna antigüedad; y acaso el turco, autor de aquella crónica, tomara aquella especie de los europeos. Los autores fidedignos que examinó Herbelot, refieren la cosa tan al contrario, que ántes aseguran, que Tamerlan dió todo género de buen tratamiento al monarca otomano; que le convidó á su propia mesa; que hizo erigir para su habitacion una magnífica y régia tienda, que procuró divertirle y obsequiarle con varios festines; que en las conversaciones, que tuvo con él, intentaba consolarle, filosofando sobre la vicisitud de las cosas humanas; que, en fin, Bayaceto murió naturalmente de una fuerte esquinencia (otros dicen apoplegia), y que Tamerlan sintió su muerte, protestando, cuando le dieron la noticia, que su ánimo era restituirla al trono de sus mayores, despues de restablecer á todos los príncipes que Bayaceto habia arrojado de sus estados.

Esta benignidad de Tamerlan con Bayaceto, tanto es

más recomendable, cuanto es cierto que de parte de Bayaceto habia sobrados méritos para ser tratado con mucho rigor. Éste era un príncipe tirano, cruel, violento, en sumo grado altivo y despreciador de todos los demas soberanos de la tierra. ¿Qué exceso habria en que, quien con el derecho de la guerra le habia hecho súbdito suyo, castigase tantas usurpaciones, tantas insolencias, como habia cometido, entre ellas la de hacer degollar en su presencia á sangre fria á más de seiscientos caballeros franceses, que habia hecho prisioneros de guerra? ¿Qué pena más proporcionada para la orgullosa altanería de quien pretendia hacer esclavo suyo á todo el orbe, que tratarle como un delincuente y vil esclavo, cargándole de cadenas, aprisionándole en una jaula, y humillar, para escarmiento de otros, su altivez haciendo de sus espaldas poyo para montar á caballo? Sobre estos capítulos deben contarse como méritos de especial nota, para ser maltratado por Tamerlan, las injurias que en particular habia hecho á éste: invadir sus vasallos y aliados, hablar de él ignominiosamente, tratándole de ladron y hombre vil, lo cual dicen habia llegado á noticia del injuriado; en fin, responder con desprecio á una carta razonable, que le habia escrito Tamerlan. Bien considerado esto, nadie debería extrañar, que un vencedor, que seguia, no las máximas dulces del Evangelio, sino las sangrientas del Alcoran, practicase con el vencido todo el rigor que se ha esparcido. Y siendo cierto que el tratamiento fué tan bueno como dijimos, en vez de acusar su severidad, hay lugar para reprender como nimia su clemencia, donde se debía dar algo á la justicia.

Para añadir algo de supererogacion á favor de Tamerlan, advierto, que muchos de los autores que dan por cierto el mal tratamiento hecho á Bayaceto, confiesan, que éste le dió un motivo especialísimo, áun despues que cayó en sus manos. Dicen, que Tamerlan le preguntó, qué hiciera con él si la suerte se hubiera trocado. A lo que aquel príncipe, desenfrenadamente feroz y desabrido, respondió, que si él hubiera vencido y hecho prisionero á Tamerlan, le cargaria de cadenas, le metería en una jaula de hierro, y se serviría de él como de taburete para montar á caballo. Sobre tan grosera y bárbara respuesta, decretó al punto Tamerlan se ejecutase lo mismo con Bayaceto. Raro príncipe se hallará tan piadoso, que á una provocacion tan irracional, no tomase el mismo género de satisfaccion.

Por lo que mira al torpe ajamiento de la mujer de Bayaceto, aunque son muchos los autores que le afirman, no pongo duda en que es fabuloso; pues sobre el silencio de los autores orientales, es prueba fuerte de la suposicion el de Chalcondilas, que de todos los que escribieron las cosas de Tamerlan, es el más antiguo entre los europeos, y le faltó muy poco para ser contemporáneo de aquel príncipe. El silencio, digo, de Chalcondilas es argumento, no sólo negativo, sino en alguna manera positivo, de la suposicion de aquella especie; pues, sin ocultar la injuria hecha por Tamerlan á la mujer de Bayaceto, la deja en grado mucho más tolerable. Lo que dice precisamente es, que le mandó el Tamerlan servirle la copa en la mesa, en presencia del mismo Bayaceto: *Jussa est in conspectu mariti sui*

vinum infundere. ¿Callaría este autor griego la gravísima circunstancia de la desnudez, que acrecienta infinitamente la injuria, si fuese verdadera? Es claro que no. Así, tengo por cierto, que la desnudez fué invención de algún autor posterior á Chalcondilas, que habiendo leído en éste la especie de servir la copa, quiso dar con aquella circunstancia un altísimo realce á la tragedia de Bayaceto, por hacer más espectable la historia. No apruebo la acción de Tamerlan, áun en el grado en que la pone Chalcondilas; pero es infinitamente ménos reprehensible, y áun acaso muy disculpable, si se atienden los grandes motivos que la barbarie, altivez y fiereza de Bayaceto habían dado al Tamerlan, para que éste se empeñase en humillarle.

De todo lo que hemos dicho, se infiere cómo debemos caracterizar á Tamerlan. Fué éste un príncipe que tuvo, como todos los demas grandes conquistadores que carecieron de las luces de la fe, mucho de malo y mucho de bueno: guerrero insigne, político profundo, observante celador de la justicia con sus súbditos; con los extraños justo unas veces, otras injusto; ya compasivo, ya cruel; pero su genio más inclinado á lo primero que á lo segundo, pues los enormes derramamientos de sangre, que ejecutó en una ú otra ocasion, no provinieron de una índole feroz y desapiadada, sino ya de un rapto ciego de cólera, ya de una establecida máxima, que, á pesar de la humanidad, había dictado á su ambición su política.

Con todo, no pretendo que la apología, que he hecho por este príncipe, no sea capaz de réplicas. Bástame, que lo que he dicho sea lo más probable, y áun me basta que sea solamente probable, para exonerarle de la pública infamia que padece, pues á nadie se debe quitar el honor sin preceder certeza del delito.

§ XII.

EMPERADOR CÁRLOS QUINTO.

Muy léjos estaba yo, cuando escribí el discurso que representa el título propuesto, de pensar que debía colocarse en él el glorioso Carlos V; no porque ignorase entónces una atroz calumnia, con que algunos quisieron obscurecer su ilustre fama, sino porque juzgaba, lo uno, que se había extendido poco la noticia de ella; lo otro, que entre la gente de alguna razón sólo había logrado el merecido desprecio. Digo, que estaba en esta fe, hasta que llegando poco há á mis manos el duodécimo tomo de las *Causas célebres*, vi estampada en él la impostura, con no leves apariencias de que el autor de esta obra le dió algún crédito, y como sus libros corren hoy con grande aceptación por toda la Europa, es de creer, que tomando un gran vuelo, se haga error comun la calumnia; lo que me constituye en el derecho, y áun en la obligación, de impugnarla.

No hay hombres más expuestos á la detracción, que los que son dotados de cualidades eminentes. Los que por sus virtudes ó talentos ilustran, ó su patria, ó su facción, ó su estado, tienen su fama muy peligrosa; porque se deben considerar enemigos de ella, no sólo los que lo son de la persona, mas también todos aquellos que, por seguir distinto partido, miran con una irritada emulación, ó su estado, ó su facción, ó su patria.

Fué Carlos V uno de los mayores hombres que cñieron la diadema del imperio romano. Gran político y gran guerrero; dos prendas, que no le niegan sus enemigos mismos; y bastando cada una de ellas por sí para constituir un príncipe ilustre en el concepto del mundo, unidas las dos, le hacen como un duplicado héroe. Pero la envidia, sin tocar en alguna de estas dos cualidades, buscó por dónde herirle más cruelmente que si le despojase de una y otra. Invadióle por la parte de la religion, pretendiendo que Carlos vivió y murió en su retiro de Yuste, abandonado el catolicismo, y abrazados los nuevos errores de Alemania.

Oigamos sobre el asunto al abad de San Real, á quien cita en su duodécimo libro el autor de las *Causas célebres*. Estas son sus palabras: «Se decía, que Carlos en su retiro había manifestado grande inclinación á las nuevas opiniones, y mucha estimación de los hombres de ingenio, que las habían mantenido. Esta estimación se conoció en la elección que hizo de personas, todas sospechosas de herejía, para su conducta espiritual, como del doctor Cazalla, su predicador, del arzobispo de Toledo, y sobre todo de Constantino Ponce, obispo de Droese y director suyo. Súpose despues, que la celda donde murió estaba llena por todas partes de máximas escritas en las paredes, sobre la gracia y justificación, no muy distantes de la doctrina de los novatores. Pero nada confirmó tanto esta opinión como su testamento. Casi no había en él legado alguno pío, ni fundación para sufragios, y estaba formado de un modo tan diferente del que practican los católicos celosos, que la Inquisición de España creyó deber formalizarse sobre el caso. No obstante, no le pareció conveniente divulgar su sentir ántes de la llegada del Rey (Felipe II). Pero habiendo este príncipe arribado á España y hecho castigar á todos los sectarios de los nuevos dogmas, la Inquisición, tomando más ánimo con su ejemplo, atacó primeramente al arzobispo de Toledo, despues al predicador del Emperador, y en fin, á Constantino Ponce. Habiendo el Rey dejado poner en prisión á estos tres, contempló el pueblo esta permisión suya como un celo heróico por la religion verdadera. Pero el resto de la Europa vió con asombro suyo al confesor del emperador Carlos, entre cuyos brazos este príncipe había muerto, y que había como recibido en su seno aquella grande alma, entregado al más cruel é ignominioso suplicio. En efecto, en la prosecución del proceso, la Inquisición, habiendo acusado á estos tres personajes de haber tenido parte en el testamento del Emperador, los condenó al fuego, juntamente con el testamento.» Y despues de otras muchas cosas, que añade el autor, y no tienen mucha conexión con nuestro propósito, concluye diciendo, que el doctor Cazalla fué quemado vivo en compañía de una estatua que representaba á Constantino Ponce, muerto algunos días ántes en la prisión.

El abad de Brantome, citado por Baile, ensangrienta aún más la tragedia, y cubre de nuevos horrores la memoria de Carlos, añadiendo la atroz circunstancia de que en una ocasion, estando el Rey, su hijo, presente, fué decretado por la Inquisición, que se desenterrase su cadáver y entregase al fuego, como convencido del crimen de herejía. Cita Brantome para este hecho la

Apología del príncipe de Orange, que es un libro escrito á favor de Guillermo de Nasau (creo que viviendo aún este príncipe) contra Felipe II.

Pero todo lo referido no es más que un tejido de imposturas, cuya falsedad será fácil descubrir, y áun la hallamos en gran parte descubierta por Pedro Baile, en su *Diccionario crítico*, V. *Charles Quint*; quien, movido de la fuerza de la verdad, venció la inclinación, que es natural le inspirase su secta, para segregar un tan gran emperador de la religion católica.

Lo primero, por los autores españoles consta (y éstos eran los que debían saberlo), que Constantino Ponce no fué director ó confesor, si solo predicador, de Carlos V. Lo segundo, por los mismos se sabe, que este hereje fué preso por la Inquisición ántes que Carlos V muriese, y refieren el dicho de este emperador cuando le dieron noticia de la prisión: «Si Ponce es hereje, es un grande hereje;» lo que pudo hacer relación, como algunos piensan, á su grande hipocresía, ó lo que se me hace más verisímil, al concepto que el Emperador tenía hecho de su grande habilidad. Lo tercero, Constantino Ponce no fué obispo: canónigo de Sevilla era cuando le prendieron, y no tenía otra dignidad. Lo más es, que ni hay en los dominios de España, y acaso ni en el mundo, tal obispado de Droese; lo que muestra cuán al aire habla el autor citado. Lo cuarto, es falso que la Inquisición no procediese contra Cazalla y Ponce hasta el arribo de Felipe II á estos reinos. Felipe II no vino á España hasta el mes de Septiembre del año de 1559, y Cazalla había sido ajusticiado en Valladolid en el mes de Mayo del mismo año, como refiere Gonzalo de Illéscas, que se halló presente al suplicio, en la *Vida de Paulo IV*, párrafo 4.º El proceso de Constantino Ponce, mucho ántes de la muerte de Cazalla se había empezado á formar; pues como dejamos dicho arriba, su prisión fué anterior á la muerte de Carlos V, la cual precedió cerca de un año á la vuelta de Felipe II á España.

Lo quinto, es también falso que Cazalla fuese quemado vivo, sobre que citamos al mismo Gonzalo de Illéscas, testigo de vista, el cual dice, que Cazalla murió convertido y con señas eficaces de ser verdadero su arrepentimiento, con lo que es incompatible que vivo le entregasen al fuego. «Muy al reves de esto (dice Illéscas, despues de referir la tragedia de otro hereje, que murió obstinado), murió el doctor Cazalla; porque despues que en el cadahalso llegó, se vió degradado actualmente, con coraza en la cabeza y dogal al cuello, fueron tantas sus lágrimas y tan eficacísimas las palabras de penitencia y arrepentimiento, que dijo públicamente, á grandes voces, y con fervor nunca visto, que todos los que presentes nos hallamos quedamos bien satisfechos, que mediante la misericordia divina se salvó, y alcanzó perdon de sus pecados.» Lo sexto, la estatua de Constantino Ponce no se quemó ni se dió en espectáculo en el mismo teatro en que padeció Cazalla. Éste fué ajusticiado en Valladolid, y Ponce quemado en estatua en Sevilla, como refieren los historiadores españoles, entre ellos Illéscas y Herrera.

Lo séptimo, lo que se dice y pretende maliciosamente inferir del tenor del testamento, se convence ser falso

por un hecho de famosa notoriedad del mismo Emperador, que fué anticipar sus exequias y hacerlas celebrar estando vivo, en la forma misma que si estuviera muerto. Demos que sea verdad que no dejase fundación alguna para sufragios. No falta quien diga que murió muy pobre, y que se había visto precisado á empeñar y vender sus alhajas, ó por mal asistido para lo necesario á la decencia de su persona, ó porque no llegaba lo que recibía para las liberalidades y gruesas limosnas, á que le inclinaban su piedad y grandeza de ánimo. Pero, áun cuando tuviese caudal para fundar sufragios, ¿no podría, omitidos éstos, destinarle á otras obras honestas, piadosas y meritorias? ¿Quién se atrevería á reprobar el que un moribundo quisiese ántes expender el caudal libre que tiene, en limosnas á gente necesitada, que en sufragios á favor de su alma?

Supónese, que lo que se quiere inferir de que no dejase fundaciones de sufragios es, que, imbuido de los nuevos dogmas, no creyese la existencia del purgatorio. Pero contra esta maliciosa sospecha está, como dijimos, el hecho de anticiparse sus propias exequias; acción, cuya substancia y modo tienen por fundamento la creencia del purgatorio. Añádese, que el pensamiento de celebrar las propias exequias le ocurrió á Carlos, como escribe el padre Famiano Estrada, con la ocasion de hacerse, por orden de él mismo, los sufragios aniversarios por el alma de su madre. ¿Qué obsequio pensaría hacer á su madre con aquellos sufragios, si no creía el purgatorio?

Responderáse acaso, que todo esto pudo ser una añagaza para ocultar su errada creencia. Pero ¿quién le pedía á Carlos esa satisfacción? Aun cuando se le pidiese, si él estuviese imbuido de los principios de los protestantes, no ocultaría su sentir, pues ellos siguen la máxima de no disimular su religion, áun cuando el disimulo es medio necesario para salvar la vida, como testifican tantos millares de esos infelices, que padecieron obstinados el último suplicio.

Más. ¿Cómo podrán componer en Carlos un tan estudiado disimulo de los nuevos dogmas con estampar en las paredes de su habitación máximas pertenecientes á ellos? Valga la verdad. No pienso que se haya jamás sacado al público fábula más mal compuesta. ¿Quién no ve, que si aquel emperador, en virtud del trato que tuvo en Alemania con los luteranos, como pretenden sus enemigos, hubiera admitido en el ánimo las nuevas opiniones, no hubiera dejado á la Alemania, donde le sobaban directores conformes á su errada creencia, por venirse á España, donde sólo hallaría censores de su apostasía? ¿Puede imaginarse mayor quimera, que el que un príncipe, constituido sectario de Lutero, que podía escoger países y sitios donde vivir, viniese al corazón de España, á meterse en una comunidad de religiosos, enemigos los más implacables del luteranismo?

La noticia que da el abad de Brantome de el decreto para desenterrar y quemar los huesos de Carlos, y que dice haber leído en la *Apología del príncipe de Orange*, es falsísima. A Pedro Baile debemos la prueba concluyente de la nulidad de el fundamento. Este autor dice, que leyó toda aquella apología, y no hay en ella tal especie. Es verdad que añade, que halló algo concerniente

en otro librejo satirico, sin nombre de autor, intitulado *Discurso sobre la herida del señor principe de Orange*. Pero se debe notar, lo primero, que el mismo Baile asegura, que aquel es un escrito despreciable y totalmente indigno de fe, como lleno de muchas imposturas. Lo segundo, que el autor del escrito no dice que los inquisidores decretaron el incendio de los huesos; si sólo que lo cuestionaron, mas no lo decidieron.

Concluyo esta apologia con el testimonio del padre Famiano Estrada, que merece especial estimacion en este asunto, por asegurarnos que vió y leyó con cuidado y reflexion varios escritos y relaciones del modo de vivir que observó Carlos V en el retiro de Yuste. Por lo que dice, pues, este autor, consta que Carlos, no sólo vivió en aquel retiro católicamente, más ejemplarmente, con especialidad hácia los últimos tiempos. Confesaba y comulgaba á menudo, frecuentaba la letura de libros espirituales y historias de santos, asistia ordinariamente con los monjes á los divinos officios, castigaba su cuerpo con crueles azotes, y en fin, terminó la gloriosa carrera de su vida con cuantas demostraciones se pueden desear, así en obras como en palabras, de una piedad catolicísima, á vista de toda aquella observante comunidad jeronimiana.

APÉNDICE.

Lo que hemos dicho arriba de la conversion de Cazalla nos servirá ahora para redarguir de falsa una tradicion popular que, habiéndose difundido por toda España, vino á hacerse error comun de estos reinos. Lo que enuncia esta tradicion es, que Cazalla, muriendo obstinado en sus errores, inspirado de una especie de fanatismo, anunció en tono profético á todo el gran

concurso asistente á su suplicio, que, en prueba de ser la doctrina que profesaba verdadera, el dia siguiente le verian pasear triunfante sobre un caballo blanco las calles de la ciudad. Que habiendo sido quemado vivo, como merecia su obstinacion, y hecho cenizas el cuerpo de aquel miserable, el dia siguiente, ó fuese mera casualidad, ó particular impulso del demonio, se soltó, ó enfurecido ó espantado, un caballo blanco de la caballeriza del marqués de Abila-Fuente, que, con el ímpetu concebido, discurrió por várias calles; lo que, notado por el pueblo, aunque veian el caballo sin jinete, fueron infinitos los que creyeron cumplida la profecia de Cazalla, discurriendo que éste iba invisible sobre la espalda del bruto; y que hizo esto en ellos tal impresion, que hubo mucho que trabajar para hacerlos conocer su error, si ya en algunos, que se negaron al desengaño, no fué menester proceder al castigo.

Este caso oi referir á algunos hijos de Valladolid, como tradicion constante de aquel pueblo, y á otros naturales de distintas provincias, donde se habia comunicado la noticia. Nueva y eficaz prueba de la poca estimacion que merecen las tradiciones populares. El testimonio de Illéscas es en esta parte irrefragable. No es este autor, á la verdad, de los más exactos; pero en la relacion de la muerte de Cazalla, y circunstancias de ella, merece la mayor fe. Él dice que se halló presente, y en un hecho tan público, en que millares de almas podrian redarguirle la mentira, no es creible que faltase á la verdad. Asegurando, pues, Illéscas, y refiriendo con tanta especificacion la sincera conversion de Cazalla, es sin duda falsa la voz comun de su final obstinacion, la cual, desvanecida, se falsifican, por consiguiente, su fanática prediccion, y la turbacion del pueblo con la ocasion de soltarse el caballo blanco.

EXÁMEN FILOSÓFICO DE UN PEREGRINO SUCESO DE ESTOS TIEMPOS.

(EL ANFIBIO DE LIÉRGANES.)

§ I.

El caso que da materia á este discurso es tan extraño, tan exorbitante del regular orden de las cosas, que no me atreviera á sacarle á luz en este *Teatro*, y constituirme fiador de su verdad, á no hallarle testificado por casi todos los moradores de una provincia, de los cuales, muchos que fueron testigos oculares y dignos de toda fe, aún viven hoy. La noticia se difundió algunos años há á várias partes de España, debajo de la generalidad, que un mozo, natural de las montañas de Búrgos, se habia arrojado al mar y vivido en él mucho tiempo, como pez, entre los peces; y confieso que entónces no le dí asenso, de que no estoy arrepentido, pues fuera ligereza creer un suceso de tan extraño carácter, sin más fundamento que una voz pasajera. Añadiase, que esto habia sido efecto de una maldicion que

sobre dicho mozo habia fulminado su madre; pero esta circunstancia fué falsamente sobrepuesta á la verdad del suceso, como veremos despues.

Despreciada, pues, como una de tantas vulgares patrañas, se quedó para mí aquella noticia; hasta que, habrá cosa de tres meses, un amigo de mi mayor veneracion y afecto me impelió á publicarla en mis escritos, como digna de la curiosidad y admiracion del público, asegurándome al mismo tiempo, en algun modo, de la realidad de ella, como quien la tenia de dos sugetos, que habian conocido y tratado al mencionado mozo, despues de restituido del mar á su tierra. Pero juntamente me prevenia, que pues me hallaba vecino al país de donde aquel era natural, solicitase noticias más puntuales que las que él me podia comunicar. Para cuyo cumplimiento, mi primera diligencia fué informarme de algunos montañeses de distincion, residentes en esta ciudad, los

cuales unánimes depusieron de la verdad del hecho, como de notoriedad indubitable en su país; pero en cuanto á las circunstancias, que por la mayor parte ignoraban, me ofrecieron inquirirlas de personas de su conocimiento y satisfaccion, naturales del mismo territorio, que habia sido patria del sugeto de esta historia. En efecto, lo ejecutaron así, y dentro de pocos dias logré una cabalisima descripcion del suceso, remitida por el señor marqués de Valbuena, residente en la villa de Santander, á diligencia del señor don José de la Torre, dignísimo ministro de su majestad en esta real audiencia de Asturias; la cual es como se sigue, copiada al pie de la letra.

«En el lugar de Liérganes, de la junta de Cudeyo, arzobispado de Búrgos, distante dos leguas de la villa de Santander, hácia el Sudoeste, vivian Francisco de la Vega y María del Casar, su mujer, vecinos de dicho lugar, los cuales tuvieron en su matrimonio cuatro hijos, llamados don Tomás (que fué sacerdote), Francisco, José y Juan, que vive todavía, de edad de setenta y cuatro años.

«Viuda dicha María del Casar, envió al referido hijo Francisco á la villa de Bilbao, á aprender el oficio de carpintero, de edad de quince años, en cuyo ejercicio estuvo dos años, hasta que el de 1674, habiendo ido á bañarse la víspera de San Juan, con otros inozos, á la ria de dicha villa, observaron éstos se fué nadando por ella abajo, dejando la ropa con la de los compañeros; y creyendo volveria, le estuvieron esperando, hasta que la tardanza les hizo creer se habia ahogado, y así lo participaron al maestro, y éste á su madre María del Casar, que lloró por muerto á dicho su hijo Francisco.

«El año de 1679 se apareció á los pescadores del mar de Cádiz, nadando sobre las aguas y sumergiéndose en ellas á su voluntad, una figura de persona racional, y queriendo arrimarsele, se le desapareció el primer dia; pero dejándose ver de dichos pescadores el siguiente, y experimentando la misma figura y fuga, volvieron á tierra, contando la novedad, que habiéndose divulgado, se aumentaron los deseos de saber lo que fuese, y fatigaron los discursos en hallar medios para lograrlo; y habiéndose valido de redes que circundasen á lo largo la figura que se les presentaba, y de arrojarle pedazos de pan en el agua, observaron que los tomaba y comia, y que en seguimiento de ellos se fué acercando á uno de los barcos, que con el estrecho del cerco de las redes le pudo tomar y traer á tierra; en donde, habiendo contemplado éste, que se consideraba monstruo, le hallaron hombre racional en su formacion y partes; pero hablándole en diversas lenguas, en ninguna y á nada respondia, no obstante haberle conjurado, por si le poseia algun espíritu maligno, en el convento de San Francisco, donde paró; pero nada bastó por entónces, y de allí á algunos dias pronunció la palabra *Liérganes*; la que, ignorada de los más, explicó un mozo de dicho lugar, que se hallaba trabajando en la referida ciudad de Cádiz, diciendo era su lugar, que estaba situado en la parte arriba mencionada; y don Domingo de la Cantolla, secretario de la suprema Inquisicion, era del mismo lugar; con cuya noticia, un sugeto que le conocia, le escribió el caso; y don Domingo le comunicó á sus

parientes de Liérganes, por si acaso habia sucedido allí alguna novedad, que se diese la mano con la de Cádiz, Respondiéronle, que nada habia más que haberse desaparecido en la ria de Bilbao el hijo de María del Casar, viuda de Francisco de la Vega, que se llamaba tambien Francisco, como su padre; pero que habia años le tenian ya por muerto. Todo lo cual participó don Domingo á su correspondiente de Cádiz, que lo hizo notorio en el referido convento de San Francisco, donde se mantenía.

«Estaba á la sazón en el expresado convento de San Francisco un religioso de dicha orden, llamado fray Jnan Rosende, que habia venido por aquel tiempo de Jerusalem, y andaba pidiendo por España limosna para aquellos santos lugares; y enterado de la parte donde caia Liérganes, y familiarizándose al mozo, que habia parecido en el mar, y discurriendo si acaso fuese de dicho Liérganes, segun la relacion de Cantolla, resolvió llevarlo consigo en su postulacion: que habiéndola rematado hácia la costa de Santander, fué al expresado lugar de Liérganes, el año de 1680, y llegado al monte, que llaman la dehesa, un cuarto de legua de dicho pueblo, le dijo al mozo que fuese delante guiando, quien lo ejecutó puntualmente, y fué derecho á la casa de dicha María del Casar, la que, inmediatamente que le vió, le conoció y abrazó diciendo: «Este es mi hijo Francisco, que perdí en Bilbao»; y los hermanos sacerdote y seglar, que estaban allí, ejecutaron lo mismo con grande regocijo; pero el expresado Francisco ninguna novedad ni demostracion hizo más que si fuera un tronco.

«Fray Juan Rosende dejó este mozo en casa de su madre, en la que estuvo nueve años con el entendimiento turbado, de manera, que nada le inmutaba, ni tampoco hablaba más que algunas veces las voces de *tabaco, pan, vino*, pero sin propósito. Si le preguntaban si lo queria, nada respondia; pero si se lo daban, lo tomaba y comia con exceso por algunos dias, mas despues se le pasaban otros sin tomar alimento.

«Si alguno le mandaba llevar algun papel de un pueblo á otro, de los que sabia ántes de irse, lo hacia con gran puntualidad, dándole al sugeto á quien le encargaban y conocia; y traia la respuesta, si se la daban, con cuidado; de manera, que parece entendia lo que se le decia; pero él por sí nada discurría.

«En una ocasion, en're otras, que un sugeto de Liérganes le envió á Santander con papel para otro, siendo preciso pasar la ria, que tiene más de una legua de ancho, y para eso embarcarse en el sitio de Pedreña, no hallando allí barco, se echó al agua, y salió en el muelle de Santander, donde le vieron muchos mojado, y el papel que traia en la faldriquera, el que entregó puntualmente al sugeto á quien venia dirigido, el cual, preguntándole que cómo le habia mojado, nada respondió, y volvió la respuesta á Liérganes con su regular puntualidad.

«Era de estatura de seis piés, poco más ó ménos, corpulencia correspondiente y bien formado; el pelo rojo, corto, como si le empezára á nacer, el color blanco, las uñas tenia gastadas, como si estuvieran comidas de salitre. Andaba siempre descalzo. Si le daban vestido, le ponía; si nó, el mismo cuidado tenia de andar desnudo que descalzo.

«Si le daban de comer, tomaba y comia todo lo que